

Los minutos más largos.

Veintisiete minutos tarde. Para veintiocho. No hay mejor manera para controlar un reloj que escrutarlo frente a frente, a solas, en una misma sala de esperas. De esta forma es posible percibir cada uno de los movimientos del engranaje interno que permite el acoplamiento perfecto de un diente cóncavo y otro convexo, suscitando dicho ajuste un movimiento circular intermitente que posiciona las manecillas denominadas horario y minuterio. Definición académica; no se me escapa ni un tac.

Aunque lo que sí que se me escapa es el dichoso tic. El músculo orbicular de mi ojo izquierdo se contrae involuntariamente cuatro o cinco veces, lo que hace tomar conciencia de que es realmente el reloj quien me controla a mí.

Nada, treinta y cuatro minutos y el doctor que no me avisa. Ya sabía yo que esto iba a pasar, hay gente que no valora el tiempo. Dicen las etiquetas de agua mineral que el tiempo es aquello que pasa entre dos momentos imborrables. Falacias. No se trata de tiempo, sino de orden. Ordenar las cosas de tal manera que se detenga el tiempo. Beber cuando tienes sed. Dormir cuando tienes sueño. Eso es vivir en condiciones, pasar bien el tiempo. En cambio hay personas que duermen sin sueño porque han bebido sin sed, en la barra de cualquier bar o en la cama de cualquier cuentacuentos. O que ojean a desganadas unas manoseadas revistas de moda como hago yo en este momento.

Como el doctor me conceda diez minutos más soy capaz de finalizar mi tesis doctoral sobre la finitud temporal. En fin, tiempo tengo para regalar. En mis ciento cuarenta y siete años de vida he tenido tiempo de aprender y desaprender, de filosofar y de banalizar en círculos viciosos para volver siempre a la misma posición: la soledad de un hombre que padece una enfermedad rara de la que solo hay un caso conocido, el mío.

Me diagnosticaron el Síndrome de la Medusa hace veinte años, aunque para entonces yo ya había vivido ciento veintisiete primaveras. Evidentemente, sabía que algo me pasaba. Algo raro. Bautizaron mi rareza y dio a luz media docena de trabajos de investigación, pero ningún especialista se atrevió a augurar la causa de este trastorno. Yo tampoco, que me limito a ver pasar como un espectador con abono vip los años, la familia, los amigos, los cambios de gobierno, de la fisonomía de las ciudades y los campos, de la forma de vestir, de las modas. Ay, las modas. Estos pantalones que llevo los compré hace cuatro décadas, y hoy son más actuales que nunca, aunque de nuevo solo tengo el botón que le cosí después de que el original se cayera.

Los doctores y científicos han tratado de explicar durante todos estos años la razón por la que mis células tienen un comportamiento vital mucho más lento que las de las demás personas. Viven a otro ritmo. Nacen, crecen, se reproducen y no mueren, se quedan en estado vegetativo mucho tiempo de lo normal. Lo que para las otras personas supone días o meses, en mi caso las células pueden vivir años o décadas. Cuando me diagnosticaron la enfermedad, fui un botín para la Ciencia. Carne fresca –y duradera– para lo que los científicos consideraban el inicio de la segunda revolución genética, aquella que podría ser capaz de acabar con enfermedades incurables hasta la fecha. Me hicieron multitud de análisis de sangre y de extracciones de tejido para examinar sus peculiaridades, en búsqueda del supuesto gen de la inmortalidad que propicie este desaguisado en mi genotipo. Los esfuerzos médicos fueron infructuosos, lo que provocó que cada vez las analíticas fueran más frecuentes y las pruebas médicas a las que me veía sometido más exhaustivas y soporíferas. Me sentía como un Copito de Nieve en medio de un zoológico de hospitales y batas blancas.

Tuve un amigo hace un tiempo –*tuve*, porque desgraciadamente no me duran mucho– que alucinaba con mi caso. Pensaba que yo era una especie de Christopher

Lambert sin espada con el destino de guiar al mundo hacia los designios de la paz universal. Era un idealista mi buen amigo Martín, un pelicularo. La verdad es que soy de lo más normalito, virtudes tengo las justas y las aprovecho como buenamente puedo. Pero vocación de héroe, ah, no. Eso no. Mucho he tenido con no sucumbir en el hastío o en el más profundo aburrimiento. Por no decir en las más absolutas de las depresiones. Padecer este síndrome, lejos de ser un pretendido anhelo, supone lidiar con la desesperación de ver que todo acaba menos tú. Hace medio siglo que me quedé solo, sin familia. Tuve mujer y cuatro hijos, todos convencionales, a todos enterré. Conocí a mis nietos, mis bisnietos y tataranietos. Los llevaba a la escuela cada mañana. Pero las últimas generaciones familiares eran ellos quienes no me conocían a mí. Ya no se fiaban. Hay que reconocer las complicaciones técnicas de explicar, sin testigos delante, que eres tatarabuelo de alguien con apariencia de sacarte unos años. Llegó un momento en el que resultó imposible, además de poco aconsejable. No quería ser un estorbo para la familia ni un saboteador del árbol genealógico, por lo que decidí caer en el anonimato. Preferí vivir como si fuera convencional, con la provisionalidad y la caducidad del resto de las personas. Cambiaba de trabajo y de hogar cada cinco o seis años, para que nadie sospechara. Logré cambiar de identidad en varias ocasiones. Incluso los médicos perdieron mi rastro, a la vez que envejecían.

Ahora me llamo Manuel Ruíz de la Cuadra, tengo cuarenta y dos años según mi Documento Nacional de Identidad y vivo en Cornellà de Llobregat, soltero y sin compromiso. Sin el compromiso de poner en compromiso a nadie. He tenido montones de amigos que pensaron en algún momento de sus vidas que me debía trasladar de ciudad por razones laborales o personales. Más bien por estas últimas. He aprendido ocho lenguas y he estudiado doce carreras universitarias. Para las últimas no necesitaba ni ir a clase, con rellenar los exámenes me bastaba. He sido un papel desaparecido, un

archivo extraviado, una partida ilegible, una letra confusa, y últimamente, un virus informático o un simple error del sistema. Un puntual quebradero de cabeza de funcionarios y oficinistas, aunque siempre fácil de *resetear*. Me he acostumbrado a vivir en itinerancia, a no tener más raíces que mis recuerdos y saber esperar mi hora mientras compruebo como al resto de mis contemporáneos se les hace siempre tarde.

–Don Manuel Ruíz, ya puede pasar.

Echo una mirada inquisidora al reloj –granuja, me debes cincuenta y siete minutos– y me responde con un impasible tictac. Pestañeo sin querer con mi ojo izquierdo. Entro en la consulta del doctor, me acomodo en la silla.

–Don Manuel, tengo malas noticias.

–Sorpréndame.

–No me iré por las ramas. El tumor tiene muy mala pinta y se ha expandido por el hígado y el páncreas. Está en su fase terminal.

Dejo que las palabras resuenen en el aire, percutan en el metal del electrocardiógrafo y retumben armoniosamente en mis tímpanos. Estoy a punto de gritar de la emoción. Noto cómo se me ilumina la cara y dejo que una sonrisa invada mi rostro. El doctor no da crédito. Lo abrazo.

–No sabe cuánto se lo agradezco, doctor, noticias así no se oyen todos los días. Esta fue la primera vez que empecé a sentirme persona.

Ignacio Jones Camacho